

EL DISLOQUE

Órgano de la desorganización social.

Número suelto 10 céntimos.

Año I.

Madrid 13 de Junio de 1899.

Núm. 2.



LA GRANIZADA DEL VIERNES



SILVELA. — ¡No he visto otra igual! Son como pelotas y como huevos.

Ayuntamiento de Madrid

Nuestro "Affaire,,

Desde principios del conde de Cheste, ó mejor, desde fines del siglo pasado, España ha venido siendo una ridícula caricatura de la República vecina; nos hemos dedicado á imitar todos sus movimientos científicos, literarios, artísticos, políticos; pero en virtud de nuestra inferioridad, los hemos imitado como el mono imita los del hombre: automáticamente, sin saber á qué obedecen, ni cuál es su fin, seducidos por los detalles más sugestivos, que á veces son los más insignificantes.

De este modo adoptamos sus procedimientos jurídicos, su mecanismo administrativo, hasta su organización social y política, pero sin adaptarnos al mismo tiempo el espíritu de justicia, de libertad y de progreso que los inspiraba, y así nos ha resultado esta especie de pantomima nacional, que nos reduce de la condición de personas, á la de perros amaestrados.

Tenemos tribunales donde no se hace justicia; universidades donde no se aprende; hospitales en que no se cura; ateneos, granjas, cuarteles, jardines de la infancia; todo montado á la francesa, y todo inútil, porque nos falta la cultura necesaria para que *ande todo eso*; es un remedo de la vida de los países cultos, como son un remedo de la vida humana, los trabajos de los monos en los circos, y los artefactos con que los verifican.

En nuestros teatros triunfan las grotescas escenas del *vaudeville*, desprovistas de esa finísima gracia con que los autores franceses las justifican; en nuestras revistas y periódicos priva el estilo nervioso y vibrante de los modernos *chroniqueurs*, pero sin el resplandor y la delicadeza de la genialidad; en nuestras Exposiciones se ven los colores crudos del impresionismo trasparenático, pero sin luz, sin vida, sin alma.

Hasta hemos querido copiar la indumentaria francesa, pero no sentimos la distinción; nuestras mujeres llevan los enormes sombreros de la *parisienne*, y las falta su delicada desenvoltura de mariposa.

La *moda de París* es nuestra obsesión.

En ella hemos llegado al delirio: Weyler nos ha parecido un Boulanger, y, en efecto, parece un panadero; hay quien ve en Paraíso á un Gambetta con un ojo más; en Polavieja, á un Napoleón, con un ojo menos; en la Guerrero, á una Sarah Bernart; en Sagasta, á un Lesseps, capaz de abrir un canal ó de abrir en canal; en Novo y Colson, á un Pierre Loti; en los hermanos Quintero, los Goncourt, y hasta en *Juanito Pedal*, á Catulle Mendes.

Tenemos nuestra torre Eiffel en la Plaza de Antón Martín, y se está instalando un Moulin Rouge en el Madrid Moderno. ¿Cómo no habíamos de tener nuestro *Affaire*, ahora que está tan de moda en París?

Hacia falta un Dreyfus; un *traidor á la Patria*, y, como en todo, nuestra imitación tiene que ser una parodia ridícula: hemos buscado, para que haga de capitán, al pobre Morayta, y hay ya su *miajita de borde eau* y de *Paty de Clam*.

No le llevaremos á una isla del Diablo, porque ya no tenemos ni una posesión endemoniada por esos mares, pero es posible que le metamos unos días en la Cárcel Modelo, que para parodia basta.

Romero Robledo está dispuesto á hacer la pantomima el papel de Zola, y en verdad, que si no es novelista, es un gran novelero.

Y puede ser que para completar la parodia, hasta caiga, á consecuencia del *affairito*, el gobierno de Silvela, como cayó el de Casimiro Perier.

Pero lo más grande, lo más sublime, del *Affaire* francés, ó sea la revisión, eso no sabemos ni siquiera imitarlo: es superior á nuestro sentido moral.

Ahí está el proceso de Montjuich clamando por la revisión.

¿A que no llegamos á ella?

Pues esa, esa es la verdadera *moda de París*.

EL CALVARIO DE DON DIEGO

Porque eso no ha sido un centenario solemne y brillante como se merecía el egregio pintor sevillano, sino una especie de calvario póstumo con todos sus horrores, desde la presentación del *interfecto* hecha en cada periódico por el Balsa correspondiente, hasta el *inri*, colocado en el momento de la crucifixión por Manuel del Palacio.

¡Pobre D. Diego! ¡Quién había de decirle que á los trescientos años después de fallecido, se había de exhumar su cadáver para acribillarle á *ripiños*, proyectil peor que la piedra, y celebrar en su honor unas cuantas pantomimas oficiales en que los *poetas de cartel* han hecho verdaderas dislocaciones del sentido común.

Balart que, dicho sea de paso, siempre ha sido un mal poeta, fué de los que más encarnizadamente profanaron la memoria del pintor.

Miren ustedes qué tamaño tenían los ripios que hemos tenido la curiosidad de recoger en una espuerta:

El genio que al arte inspira
sus brillantes invenciones
dando ser á sus ficciones,
ya en el lienzo, ya en la lira,
ó ya en los acordeones,
cansado al fin de mentira
recargada de oropel,
venga un mozo de cordel
libre de afeite y de bruma (1),
dió á Cervantes una pluma
y á Velázquez un pincel,
y á Polavieja un reuma
y á D. Francisco un Chível.
Y así lograron renombre
viendo, con genio profundo,
sin que el ripio les asombré,
el mundo como es el mundo
y el hombre como es el hombre.
Así D. Diego y Cervantes,
con sinceridad acerba,
¡oh ripios ex-á-cervantes!
pintaron esa caterva
de memos y extravagantes,
y oyeron crecer la yerba.

Porque entonces y ahora y antes.

Pues qué, ¿entonces no era antes de ahora? Este Balart mide «el tiempo» lo mismo que Rancés, á ojo.

Desdichada Humanidad,
cuando al fin tu vanidad
entrar en razón procura,
si escapás de la locura
das en la vulgaridad,
lo mismo se nos figura
que hace usted, y es la verdad.

Mas sin menguar el blasón
de esos dos que al orbe admiran,
hay otros genios que aspiran
á más sublime región,
y que con doble ambición
y vuelo descomunal,
hacen los versos muy mal
y dicen mil cuchufletas
á costa de otros poetas,
después, en «El Imparcial».

Yo, si á estudiarlos me aplico,
descubrí en ellos al fin
al Astolfo del rocín
y al centauro del borrico,
y á Gamazo y á Pasquín,
y hasta Aunón, aunque es tan chico;
tan requetechiquitín.

Aunque de tal rumbo aparte
su nave mediano ingenio,
para las obras del genio
tiene dos polos el arte;
pero son dos polos que
ningún tratado describe:
uno es el polo de Orive
y otro es el de Bernabé.

¡No cejes, oh Humanidad,
en esa dura tarea,
donde es dechado la idea
y es cincel la voluntad!
Dechado de lo que sea.

¡aspira á dar realidad
á lo que hoy es fantasía;
porque, en esta lucha impía,
del hecho con la razón,
toda noble aspiración
es mera profecía!

¿Y es esta composición
de Balart? ¡Quién lo diría!

Pues el duque de Rivas, que por ser dencendiente del gran romancero, se cree con el mismo derecho al título de poeta que al de duque, tampoco le fué á Balart en zaga, y apedreó la memoria de Velázquez con sus correspondientes ripios.

Véase la clase:

(1) Es una errata: debe decir *aceite* y *de espuma*.

Siniestra nube de infortunio y duelo
se cierne sobre tí, misera España,
saca el paraguas, insensata, al vuelo
su obscura sombra tu blasón empaña;
ya le puedes limpiar con el pañuelo,
Todo es mudable en el infausto suelo.

Todo; tenéis razón, entre otras cosas
lo son los adoquines y las losas,
y si los mudan, nos vendría al pelo
porque están muchas calles desastrosas,
Si el hado adverso contra tí se ensaña,
tal vez al que falaz te roba y daña
terrible expiación le guarde el Cielo.

¡Oh caro duque, el corazón te engaña,
al que «daña falaz» como al que roba,
se le deja comer la sopa boba
colmándole de honores, en España:
cuando revienta, el clero le acompaña
con cruz alzada al mismo camposanto;
su bendición le manda el Padre Santo,
se eleva un monumento á su memoria,
y se reza por él ya tanto y tanto
que se le abren las puertas de la gloria!
Pon la esperanza en Dios; lo que eras antes
lo volverás á ser con hijos fieles,
en el trabajo y la virtud constantes.

Si es que no hemos perdido los papeles,
eso dijo Silvela el otro día,
en términos más claros y elegantes,
y no se emocionó la mayoría.

Si hoy no te adornan bélicos laureles,
te quedan, con la pluma de Cervantes,
del inmortal Velázquez los pinceles.

Pluma y pinceles que la gloria exaltó:
la Mancha es inmortal, inmortal Breda;
pero con ser bastante lo que queda
es muchísimo más lo que nos falta.

Y como todos los calvarios tienen su *inri*, este calvario póstumo del pintor Velázquez, lo tuvo también y se encargó de ponérselo Manuel del Palacio, que es una especie de judío literario.

¡Y qué *inri*!

—Dispense usted, Velázquez: no me arrimo
porque muerden los perros todavía,
más quisiera á la Infanta y á María
y á Isabel de Velasco hacer un mimo.

¡Corruptor de menores! ¡Qué osadía!

A tí no, Mari-Bárbola; te estimo,
pero eres indigesta en demasía;
lo sabe Pertusato, á quien un día
comparaste con Morri y con el Primo.

Esta no es una cuarteta; más parece una página de Bailly-Baillière publicada en el siglo XV.

Pero, ¿qué dice mi señor don Diego?
¿Que pintados están en lienzo crudo
y por eso me miran con despego?

DON DIEGO. No, señor; digo que dudo,
si habláis en español ó *h blais en griego*,
ó se os subió á la chola el macharnudo
que vende el duque que os tirará el pego.

Gentecilla menuda, te saludo:
¿cómo me harás creer que soy ciego
cuando me habla el pintor, aun siendo mudo?

¡Gentecilla menuda! Desatinas
¡oh vate de la clase de pasivos!
por fundados que sean los motivos
de parecerte chicas las «Meninas».

En fin, cómo habra sido el calvario de Velázquez, que el conde de Cheste, que no puede con su alma, ha hecho de Cirineo.

¡Como que es el que mejor le ha tratado! Y con eso está dicho todo.

Floranes.

Goza de triste celebridad, no por ser Floranes á secas, sino por ser el símbolo de toda una clase social.

Floranes sin el vicio que hubo de enriquecerle hasta la ostentación, sin el sastrer que le hacía caballero en apariencias, y sin las joyas que abrillantaban su antipática figura con un lujo barroco, sería un criminal cualquiera de los que matan sin ruido y toman posesión de presidio como de la casa propia.

Floranes, al igual de Varela, es la típica encarnación del señorito chulo.

Tiene *guapeza*, porque él es un barbián que se *las trae*, y el que se la hace se la paga.

Vive entre el ampa dorada; su *salón* se convierte en casa de galanteos; chalanea con los señores, y se enseñoorea con los chalanes; vende y compra troncos de caballos; presta dinero con interés crecido; se relaciona con la *crème*; conoce las debilidades y miserias del gran mundo; y sabe por experiencia y por instinto que con la *guita*, como él dice, todo se puede y todo se alcanza.

Su moral se compone de muy pocos preceptos: *tanto tienes, tanto vales; al que tiene, el rey le hace libre*.

¡El quid es tener!

¡Ha visto *echar tierra* á tantos negocios feos! Sabe de tantas estafas y chanchullos que han quedado sin sanción penal gracias al dinero y las influencias, que los artículos del Código y la espada de la justicia le inspiran menos temor que los caballos que arrastran sus trenes.

Al que lo *falte* le pega un tiro. ¿Por qué no?

Lleva siempre consigo la *herramienta*, hasta cuando pasea en coche, y en el instante en que surge la bronca, ó él la busca, no mata porque en un momento de arrebató se halle con un arma en la mano, sino porque lleva el arma para matar.

Tiene confianza en que con unos cuantos *Veraguas*, como él llama á los billetes de mil pesetas, se arreglará todo.

¡Confía en el poder de su dinero, sus brillantes y sus trenes!

El guardia que hubiera prendido á cualquier infeliz homicida, le deja escapar á él, á D. Carlos, al señorón con influencia que asesino, y todo puede aun desde la cárcel quitarle el pan y causarle daño.

Y D. Carlos, á la luz del día, casi en el centro de Madrid, mata á un hombre, y se marcha tranquilo en su coche á consultar con un abogado y preparar la declaración que ha de prestar ante el juez.

Y no se escapa porque no quiere, porque está seguro de pagar la vida de un hombre con unos cuantos meses de prisión preventiva.

El sabe mucho de leyes.

Cree que un *pitter*, con un buen tronco, es una circunstancia atenuante; un grueso solitario, una eximiente, y unos miles de duros bien repartidos, una sentencia absolutoria.

¡Acertará Floranes?

¡Ah! si acertara, sería cosa de levantarle una estatua para perpetuar su memoria.

Una estatua que le representara en forma de bucentauro, con un enorme vientre receptáculo de inmundicias, y una testuz cuajada de brillantes.

Así Floranes habría sido en vida el símbolo del señorito chulo, y después de muerto, el símbolo de esta España degenerada y decadente.

Efectos del pedrisco.

Además de los accidentes registrados por los periódicos diarios, nuestros *reporters*, más *juanitos*, más *pedales*, y hasta si se quiere más *menchetes*, han recogido los datos siguientes: sin contar el Ministro de la Gobernación, que es otro dato.

En la Presidencia, cayó un pedrusco tan grande, que los empleados más viejos, incluso Sagasta, no recuerdan otro de igual tamaño, como no sea Rancés.

En el Ministerio de la Guerra, se salvó la marquesita milagrosamente, á pesar de ser de vidrio.

En Hacienda, la piedra caía en todas direcciones, incluso en la de Propiedades é Impuestos, y hubo que achicar el agua con cubas, del 90, por ser las que estaban más á mano.

En el Círculo conservador, se hundió toda la claraboya del Yarayabo.

En los *asilos* de María Cristina, se rompieron los hilos del teléfono, y quedaron sólo los ases.

En el Ateneo, el *chubasco* invadió las cátedras, dejándolas imposibles: hubo que desaguarlas con el aparato de proyecciones.

El Veloz Club se ha hundido por completo; los socios se refugiaron en el Casino de Madrid, en número de 30 y 40.

Las obras de la Almudena se han paralizado por falta de cubas para *extraer el líquido*.

En las oficinas del ferrocarril del Norte ha habido *filtraciones* de importancia.

En la Tabacalera se ha mojado todo el tabaco, y las cajetillas de 0,40 han quedado infumables.

La Embajada inglesa estaba hecha una laguna.

La Exposición de pinturas era una balsa (de la Vega).

En los frontones, *berriatúa* toda la tarde, y la Sociedad tendrá que pagar los vidrios rotos.

En el despacho del director del *Heraldo*, Sr. Kasabal, cayeron tres ó cuatro *Gothas* (Almanaque de).

En el de El Disloque, no cayó ni gota.

LA VACA DE BUENAVISTA



EL MARINERITO. —No ce asute ozté, compae; eza me la como yo...

Ayuntamiento de Madrid

That is the question.



EL INGLÉS.—¿Quiere usted bailar prenda?

LA CHARCA.—¿Yo con usted? las ganas...

EL INGLÉS.—Adiós, no se vuelva.

Ayuntamiento de Madrid

Fakulita.

LA OPINION Y LA MALICIA

La malicia y la opinión halláronse frente á frente, y entablaron la siguiente sabrosa conversación.
La opinión.—Ese proceso de Montjuich, me vuelve loca, y francamente, me choca que en tan extraño suceso no se pretenda hacer luz y no se me preste oído á pesar de que lo pido puestos los brazos en cruz.
 ¿A qué tal obstinación en negar lo que se pide?
 ¿Por qué nadie se decide á emprender la revisión?
 ¿Por qué razón, si han sufrido tormentos improcedentes una porción de inocentes que no habían delinquido, se ensalza al inquisidor que así, el derecho atropella

y la justicia se estrella contra la fuerza mayor de un poder que, torpe, escuda á dos ó tres miserables y deja á los no culpables bajo el baldón de la duda?
La malicia.—Tu candor toca ya en la tontería... No son dos, querida mía, los réprobos; es mayor el número de vilezas, y así no las descubrimos porque saldrán en racimos lo mismo que las cerezas. Los esbirros sólo son brazos viles que se venden, pero que de otros dependen. Por eso no hay revisión. Esto, amiga, no es misterio, ni es un caso extraordinario: *el tirón del presidiario se siente en el ministerio.*

La enfermedad del General.

La apertura de las Cámaras aterró á Polavieja y sembró el pánico entre sus amigos; el primero comprendió que su política iba á ser objeto de rudidísimos ataques por parte de las oposiciones, las cuales le colocarían en más de un aprieto, y los segundos dieron por de contado que el General fracasaría en el banco azul, y sobrevendría la crisis con todos sus horrores y negruras.

Como el miedo es acicate de la sinceridad, y no hay sino el peligro para que se vean los hombres tal cual son; D. Camilo no pudo disimular el suyo, y confesó á los amigos la contrariedad que le producía tenerse que presentar ante las Cámaras, si bien, un asomo de vanidad, le hizo añadir que todo era porque el *parlamentarismo no entraba en sus planes.*

Esta aclaración inocente, corroboró más á los polaviejistas el terror de su jefe, y con gran asombro de éste, lejos de alentarle y de confiar en sus dotes, aplaudieron su *prudencia*, llamémosla así, y la encontraron muy en su punto.

—Hace usted bien, mi General—le decía uno. Romero le revolvía á usted en la primera sesión.

—Muy bien hecho—exclamaba otro. Usted no es una estrella de la tribuna; es un soldado de la Patria.

—Que vaya al Parlamento Rita—repuso otro;—que, aunque polaviejista, se peina *pa' adelante* y lleva pantalones entallados.

Todas estas observaciones quitaron al General los pocos ánimos que tenía, y desde aquel momento sólo pensó en justificar ante la opinión pública su vergonzosa huida.

Por de pronto hizo correr la especie de que no iría á las Cortes, porque era enemigo del parlamentarismo.

Inútil es decir que tal teoría pareció á todo el mundo disparatada; sus mismos amigos le hicieron comprender que un ministro no puede rehuir las responsabilidades de su cargo.

Momentos hubo, ¡pásmense ustedes!, en que D. Camilo se arrepintió de haberse lanzado á la vida pública, y maldijo del Manifiesto y hasta del primer rancho que tomó al sentar plaza.

¿Y qué hago señores?—exclamaba lleno de terror al ver que se acercaba la apertura de Cortes.—¡Voy á dimitir!

¡Eso nunca!—gritó Mataix en un arranque de sinceridad.

Por las noches se le aparecía entre sueños la imagen de Pi Margall erguida en la tribuna, con los brazos levantados, y dirigiéndole una de esas imprecaciones heladas que tanto prodiga el jefe de los federales.

Otras, era la de Romero Robledo, que le contestaba una cuchufleta, haciéndole el blanco de la hilaridad de la Cámara.

¡Llegó hasta figurarse que le revolcaba Mencheta!

La preocupación del general era tan grande, que ni comía, ni dormía, ni siquiera jugaba al tresillo con tranquilidad.

Una noche le dió Mataix tres codillos seguidos y le cortó Reparaz una bola.

—Pero hombre, prueba á hablar, le decía en el seno de la familia el marqués de las Cuevas del Becerro.

—Si ya he probado infinidad de veces y no se me ocurre más que decir: *¡ah, señores!*

—Vamos á ver, ahora que estamos en familia, venga un ensayito.

—Señores diputados.

—Muy bien.

—Señores diputados.

—Ya lo hemos oído.

—Señores di... Nada, que no se me ocurre nada. ¡Si ya he dicho un millón de veces que yo no soy más que un soldado!

—Tienes razón; lo has dicho tantas veces que no sé cómo no te han dado un recibo.

Todos los esfuerzos eran inútiles; y en unos y en otros llegó la apertura de las Cámaras, y entonces fueron los apuros.

—¿Qué hago, señores, qué hago!—preguntaba D. Camilo lleno de ansiedad, como si estuviese ante un miura.

A nadie se le ocurría nada; el miedo no les permitía discurrir.

—¡Tengo una idea!—exclamó de repente Suárez de Figueroa.

—¿Cuál?—preguntó el general.

—Que se indisponga usted.

—¿Con Silvela!

—No, hombre, con usted mismo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Quiero decir que se ponga usted enfermo.

—No me da la gana; póngase usted.

—Si digo de mentirigillas; una indisposición que durará lo que dure el período parlamentario.

—¡Magnífico, muy bien!—exclamaron todos.

—Bueno—¿y de qué me pongo enfermo?

MATAIX. De una cefalea.

FIGUEROA. No, hombre; que eso es cosa del cerebro y no lo van á creer.

REPARAZ. Tiene que ser una enfermedad misteriosa: que nadie sepa lo que es.

D. CAMILO. Vamos sí, ya sé lo que usted dice, una de esas enfermedades que he visto anunciadas por las esquinas, y que llaman secretas. Me parece que más misterioso que eso...

FIGUEROA. ¡Por Dios, mi general!

D. CAMILO. ¿He dicho alguna tontería?

MATAIX. Usted no dice nunca tonterías; somos nosotros los que las oímos.

D. CAMILO. Me pondré enfermo de un catarro.

FIGUEROA. Catarros no, los ha descreditado D. Práxedes.

D. CAMILO. Vaya, ¿á que no encuentran ustedes de qué matarme?

MATAIX. Ya está; de leucorrea.

D. CAMILO. Correa... correa... Eso parece cosa de mi antecesor.

REPARAZ. ¿Le gustan á usted las enfermedades del hígado?

D. CAMILO. Hombre, no las he probado nunca.

REPARAZ. Pues eso; va usted á tener que estar enfermo del hígado.

D. CAMILO. ¿Y qué tengo que hacer?

REPARAZ. Decir que traga muchas bilis.

D. CAMILO. No hace falta que lo diga, ya se ve.

REPARAZ. Y quejarse de dolor aquí (*señalando el hígado*).

D. CAMILO. Perfectamente. Y cuando me canse de señalar al hígado de este lado, señalaré al de este otro.

MATAIX. Pero D. Camilo, ¡si no tenemos más que un hígado!

D. CAMILO. Entonces ¿por qué dice la gente: *te voy á comer los hígados*.

FIGUEROA. Es un decir, como la enfermedad de usted.

Diéronle las instrucciones de lo que tenía que hacer si venía á verle alguno de los que no estaban en el secreto, y corrieron á manifestar á los periódicos que el general se encontraba in dispuesto de una afección del hígado.

Cuando Silvela fué á verle, D. Camilo pasó las de Caín, pues el Presidente, que no se fía ni de la camisa que lleva puesta, le hizo mil preguntas para cogerle en un renuncio.

—Vaya con don Camilo, ¿y dónde le duele á usted?

—Aquí; en el hígado.

—Pero, hombre, si está usted señalando el bajo vientre.

—Tiene usted razón; me duele tanto, que no sé ya dónde me duele.

—Pues no está usted muy verde.

—Pues es extraño, porque me han dicho la mar de cosas.

—¿Y qué tal come usted?

—Muy bien; en mi casa la cocina es lo primero.

—¿Notará usted que se le va la cabeza?

—En efecto: ahora mismo no sé dónde la tengo.

Y por estas y otras contestaciones semejantes, corroboró Silvela sus sospechas de que D. Camilo estaba enfermo de condición.

Sin embargo; ahora lo está de veras, porque el día que entró la vaca brava en el ministerio, sufrió un susto morrocotudo, y hubo de afectarse muchísimo.

Tiene, como los *maletas*, mucho miedo á los cuernos.

¡Yo quiero ser presidenta!

Alcoba lujosamente alumbrada. Lecho matrimonial, y en él acostados dos esposos, que no duermen.

ELLA. ¡Ay!

EL. ¿Qué te ocurre, que no dejas de suspirar en toda la noche?

ELLA. Me ocurre... que eres un tonto; un hombre sin carácter, sin voluntad, que no sabes aprovechar las circunstancias.

EL. Pero ¿qué más quieres? ¿Qué más ambicionas?

ELLA. ¡Si yo tuviera los pantalones!

EL. ¿Qué harías mujer, qué harías?

ELLA. ¿Que qué haría? Pues me haría dueño de la situación. ¡Tendría que ver que después de tener la sartén por el mango te diesen un puntapié, yuviésemos que mudar los trastos!

EL. Lo que pretendes es muy difícil, nos exponemos a un fracaso, y...

ELLA. ¿No cuentas con la confianza de...?

EL. No pienses en eso; ¿no te doy todos los gustos que quieres?

ELLA. El único gusto que tú puedes darme es esa satisfacción de amor propio.

EL. Pues no puede ser por ahora.

ELLA. (Llorosa.) Si lo hubiese sabido, no te hubiera sacrificado mi juventud y mi hermosura. Yo quiero ser presidenta, ¿sabes?

EL. (Meditando en un raro momento de buen sentido.) ¡Pues señor, aquí todo lo arreglan las mujeres, y sólo se hace política feminista!

¿QUIÉN PAGA LOS VIDRIOS ROTOS?

Tal es la pregunta que con motivo del pedrisco del viernes ha rodado estos días por la prensa, y se ha repetido por todos los labios madrileños.

Y en verdad que es una pregunta que ni la de aquel que preguntaba á qué hora salía el correo de las nueve; y aún ésta todavía tiene su explicación en España, porque los correos de las nueve suelen salir á las diez, ó no salir.

Pero la de *quién paga los vidrios rotos* no tiene justificación de ninguna clase, porque desde tiempo inmemorial sabemos que todo lo paga el país, y hasta parece ridículo poner reparo en pagar unos cuantos cristales cuando no lo hemos puesto en apromtar las perras necesarias para pagar los desperfectos producidos por otras nubes más devastadoras que la del viernes.

Pues qué, ¿querremos que los pague el Ayuntamiento, que no paga á nadie?

¿Querremos que los pague la Diputación provincial, que debe al Ayuntamiento?

¿Querremos que los pague Polavieja? Hartas cosas tiene que pagar en este mundo para que se le carguen encima los cristales.

¿Querremos que los pague el Ministro de Hacienda, que está pensando en subir la contribución á los vidrieros?

¡Como no los pague el nuncio!...

Porque suponer que los van á pagar los caseros, es tanto como suponer que el doctor Esquerdo va á traer la República y, si los pagan, será para subir el alquiler, colocando en las porterías un letrero que diga: *se alquila un piso segundo con agua y con cristales.*

Menos mal que en este tiempo se puede prescindir de ellos, y esta es la esperanza de los inquilinos; pero llegará el invierno con sus frios, y no habrá más remedio que hacer un sacrificio; y esta es la esperanza de los caseros.

Nada, nada; los vidrios los pagaremos nosotros como hemos pagado todo lo que se ha roto en este país, empezando por las hostilidades con los Estados Unidos.

Es una nube más que se nos ha venido encima.

Y todavía nos falta lo peor; porque con esto de las enseñanzas del Vaticano y de la influencia del clericalismo, el mejor día van á caer capuchinos de bronce.

Y entonces sí que no será cosa de pagar, sino de apagar y de irnos.

Dislocaciones.

En el salón de conferencias: (histórico).

ROMERO ROBLEDÓ: (A Sagasta).—Habrá usted visto, D. Práxedes, que yo siempre trabajo para usted...

SAGASTA.—Muchas gracias.

ROMERO.—Y será usted Presidente del Consejo dentro de nada, y me dejará peor que me ha dejado Silvela.

MERINO.—Papá; ven, que nos llaman.

ROMERO.—¿Es ya de Palacio?

—o—

La calle de las Beatas, ha resuelto el Municipio que cambie el nombre que tiene por el de calle de Grilo, el autor de *Las ermitas* y de otra porción de ripios. No anduvo el Ayuntamiento firme en la elección de sitio que eternice la memoria del poeta palatino, pues debió poner su nombre, por buscar el parecido, á la calle de la Esgrima ó á la de San Bernardino.

—o—

Leemos:

«Se han empezado á ver en el Congreso las actas sucias.»

¿Cuáles? ¿Las de las elecciones ó las de los desafíos?

—o—

El ingeniero director de Parques y Jardines, Sr. Rodríguez, ha dirigido una comunicación al gobernador civil, encareciéndole que por sus agentes se exteme la vigilancia para limpiar de golfos los jardines de esta corte.

Si esta medida se toma hace años, no hubieran tenido donde jugar nuestros más eximios políticos.

—o—

Treinta y siete personas estuvieron á punto de reventar en el distrito de la Inclusa por beber un líquido que creyeron leche y luego resultó agua de vegeto.

Aquí ya no queda nada, ni aun la frase de Pucheta.

—o—

El pedrisco en el Senado:

«La gran ventana de cristalería de colores que hay en la escalera principal ha padecido bastante, sufriendo desperfectos de consideración las figuras del *Patriotismo* y de la *Elocuencia*.»

La figura del *Patriotismo* ha desaparecido hace tiempo; la de la *Elocuencia* acaba de desaparecer hace poco; aquí ya no quedan más que figurones.

—o—

Con motivo de la cuestión de Morayta, Romero ha llamado á Silvela anarquista; Sagasta, fracasado; los polaviejistas, desertor; los pidalinos, apóstata, y los republicanos la mar de cosas.

Con todo y con eso nadie le ha llamado Silvela, que es lo peor que puede llamársele.

—o—

La deuda flotante ha subido en el pasado mes nueve millones de pesetas.

¡Buena dislocación final!

EL DISLOQUE

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Administración: JARDINES, 16.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Idem semestre.....	3 »
Idem año.....	5 »
Provincias, semestre.....	4 »
Idem año.....	7,50 »
Unión postal, año.....	12 »
En los demás países.....	15 »

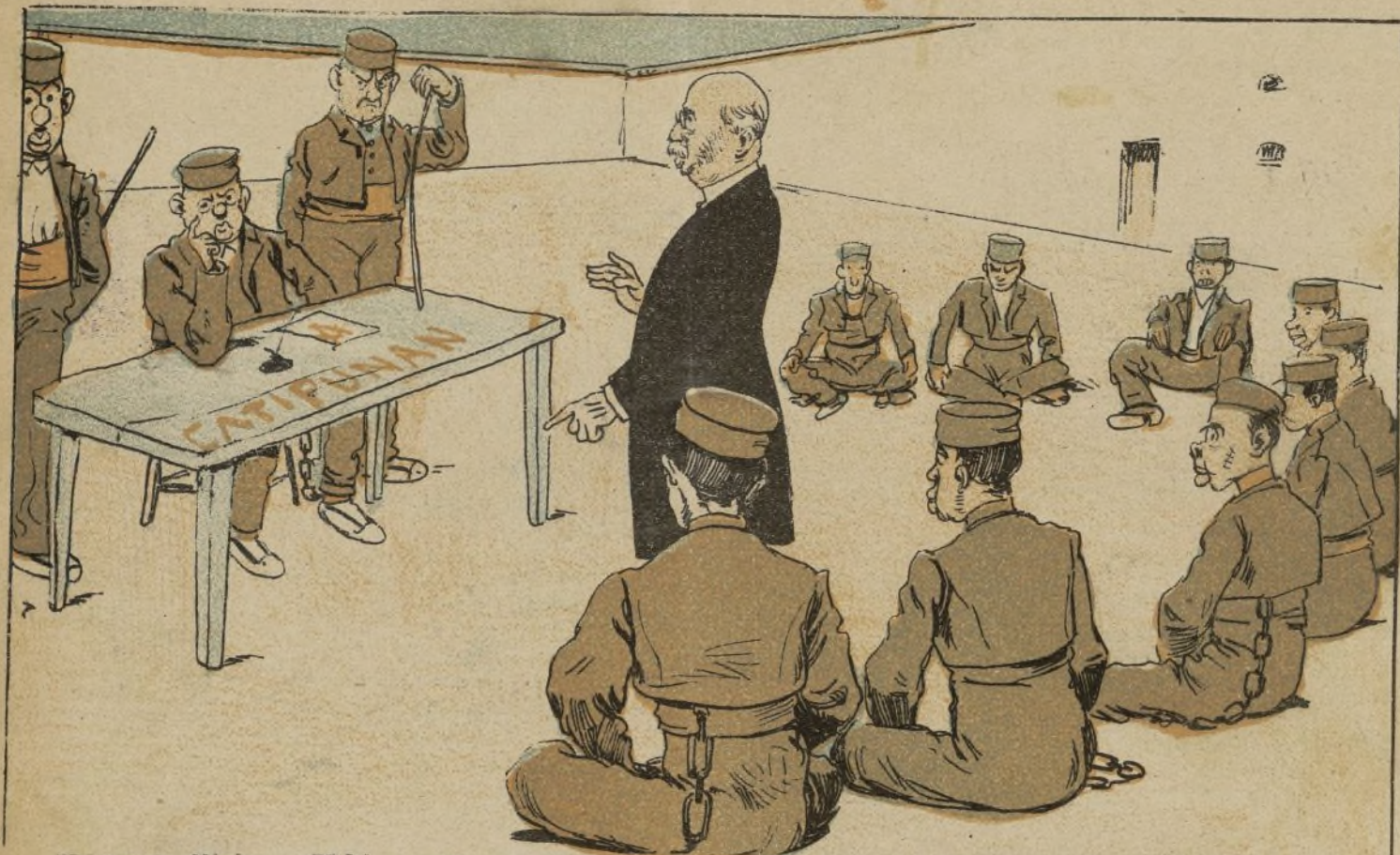
NUMERO SUELTO, 10 céntimos.

25 ejemplares, 1,50 pesetas.

Imprenta y Fotograbado de Enrique Rojas, Pizarro, 16.

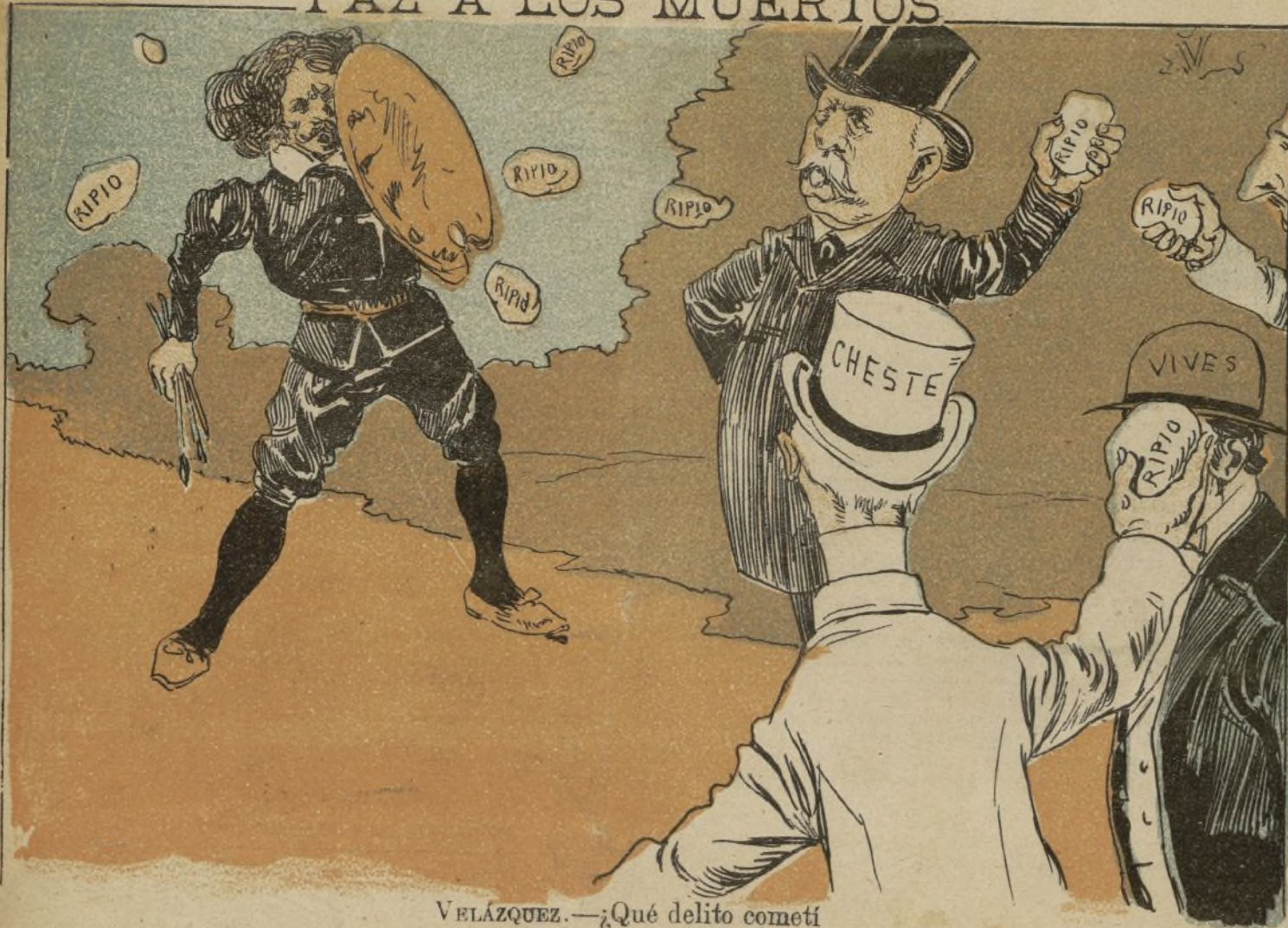
NOTA DEL DÍA

PRESIDIO SUELTO



Un punto filipino.—Y bien, señores; aunque eso fuese cierto, aquí todos nos podemos llamar de tú.

PAZ Á LOS MUERTOS



VELÁZQUEZ.—¿Qué delito cometí
contra vosotros, pintando?...

Ayuntamiento de Madrid